

C. S. Lewis

EL PERDON
y otros ensayos cristianos



«El valor genuino y permanente de Lewis —dice Walter Hooper— no sólo reside en su habilidad combativa sino también purificadora: su auténtica perspectiva de la fe supera y sustituye el error y sobre todo la vanidad de aquellos que afirman ver esporas de helechos y son incapaces de distinguir un elefante a cien yardas de distancia y a plena luz del día.»

Este libro reúne siete ensayos en los que Lewis defiende vigorosamente su visión del cristianismo. Entre los temas que abarca está el del perdón analizado especialmente frente a las excusas. «Con una excusa perfecta —sostiene Lewis— no necesitamos perdón; pero si una acción requiere ser perdonada, es imposible una excusa. La dificultad reside en que al pedir perdón muchas veces estamos pidiendo que se acepten nuestras excusas...»

PREFACIO

En una ocasión, el profesor Tolkien me dijo que C. S. Lewis era el único de sus amigos que había publicado más libros después de su muerte que en toda su vida. En ese momento, él tenía en sus manos el séptimo volumen de escritos de Lewis que yo había editado. El hecho podría parecer al lector producto de excesivo fervor de mi parte si no supiera que periódicamente recibo centenares de cartas pidiendo «otro libro de Lewis» y que con posterioridad a su fallecimiento, en el año 1963, las ventas de este autor se han triplicado.

Existe un entusiasta renacimiento del interés en Lewis. En todo el mundo la venta de sus obras aumenta día a día; se han creado círculos dedicados a estudiar sus escritos, y casi todas las semanas alguna universidad norteamericana agrega a su programa un curso sobre el pensamiento del autor en respuesta a su gran popularidad. Tal vez el término «renacimiento» no sea apropiado, porque si bien el interés decreció momentáneamente en los años 60, a raíz de la invasión de las novedades teológicas de los liberales, los libros de Lewis nunca dejaron de ser populares. En mi opinión, el reciente resurgimiento del interés en Lewis puede atribuirse en parte a una sana, creciente e incontenible curiosidad por el Cristianismo como tal; pero únicamente en parte. El valor genuino y permanente de Lewis —motivo por el cual es apreciado por un número cada vez mayor de lectores— reside en su habilidad no sólo combativa, sino también purificadora: su auténtica perspectiva de la fe supera y sustituye el error, la incertidumbre y sobre todo la

vanidad de aquellos que «afirman ver esporas de helechos y son incapaces de distinguir un elefante a diez yardas de distancia a plena luz del día», como dice Lewis en este libro.

Con excepción de uno de ellos, todos estos ensayos han sido publicados con anterioridad, pero constituirán una novedad para la mayoría de los lectores porque estuvieron agotados durante cierto tiempo, y dos de ellos nunca han aparecido en nuestro país.

«Calidad de miembros» reproduce una conferencia dictada en la Sociedad de San Albano y San Sergio, en Oxford, publicada en *Sobornost*, N° 31 (junio, 1945), y posteriormente en *Transposition and Other Addresses* (La transposición y otras conferencias), de Lewis (1949).

«El aprendizaje en tiempo de guerra», sermón pronunciado en la iglesia de la Virgen María (Oxford, octubre, 1939), también fue publicado en *Transposition and Other Addresses*.

El manuscrito de «El perdón» se descubrió cuando este libro estaba en preparación. Es un ensayo escrito en 1947 y no ha sido publicado con anterioridad.

«El historicismo», artículo publicado en el volumen IV de *The Month* (octubre, 1950), apareció nuevamente en *Christian Reflections* (.Reflexiones cristianas), de Lewis (1967).

«La última noche del mundo» se publicó inicialmente con el título «La esperanza cristiana: su sentido en la actualidad», en *Religión in Life*, XXI (invierno de 1951-1952), y más tarde, con el nombre actual, en *The World's Last Night and Other Essays* (Nueva York, 1960).

«La religión y la técnica de los cohetes» fue publicado primeramente bajo el título *Will We Lose God in Outer Space?*, en *Christian Herald*, LXXXI (abril de 1958); luego apareció en forma de folleto, *Shall We Lose God in Outer Space?*, de S.P.C.K., en 1959, y más adelante con el único

título que le puso Lewis, «La religión y la técnica de los cohetes», en *The World's Last Night*.

«La eficacia de la oración» apareció por primera vez en *The Atlantic Monthly*, CCIII (enero, 1959) y después en *The World's Last Night*.

«Esporas de helecho y elefantes» fue una conferencia para los estudiantes de Westcott House, una escuela de teología de Cambridge, pronunciada el 11 de mayo de 1959. Con el título «Teología moderna y crítica bíblica» fue publicada en *Christian Reflections*.

En opinión de Austin Farrer, ésta es la mejor obra escrita por Lewis en toda su vida y sigue produciendo gran admiración entre los cristianos de todas partes, que la consideran —si puede existir semejante cosa— la «última palabra» en respuesta a los desmitificadores.

Mi amiga Lady Collins me pidió encarecidamente encontrar un título atractivo para esta recopilación. En realidad, el nombre inicial no me satisfacía, y seguí buscando hasta encontrar en estas páginas un título que tal vez el mismo Lewis habría elegido.^[1]

WALTER HOOPER
Oxford

EL PERDÓN

En la iglesia (y en otras partes), afirmamos muchas cosas sin pensar lo que estamos diciendo. Por ejemplo, al rezar el Credo, decimos «Creo en el perdón de los pecados». Durante muchos años, repetía esas palabras sin preguntarme por qué motivo se encuentran en esa oración. A primera vista, no es necesario incluirlas. «Es evidente que un cristiano cree en el perdón de los pecados —pensaba yo—; se sobreentiende». Sin embargo, al parecer los autores del Credo consideraron importante recordar este aspecto de nuestra fe cada vez que asistimos a la iglesia, y, por mi parte, he comenzado a reconocer que tenían razón. Creer en el perdón de los pecados no es tan fácil como yo pensaba. Esta creencia se debilitará con facilidad si no la reforzamos de manera permanente.

Creemos que Dios perdona nuestros pecados, pero también que no lo hará si nosotros no perdonamos a los demás cuando nos ofenden. La segunda parte de esta afirmación es indudable, porque se menciona en la Oración de Nuestro Señor. Él lo afirmó enfáticamente: si no perdonáis, no seréis perdonados. Nada es más claro en su enseñanza, y esta regla no tiene excepciones. Dios no nos pide perdonar los pecados del prójimo sólo si no son en extremo graves o cuando existen circunstancias atenuantes; debemos perdonar todas las faltas, aunque sean muy mal intencionadas, ruines y frecuentes. De lo contrario, ninguno de nuestros pecados será perdonado.

En mi opinión, con frecuencia interpretamos equivocadamente el perdón de Dios y de los hombres. En cuanto a

Dios, cuando creemos pedirle perdón, a menudo deseamos otra cosa (a menos que nos hayamos observado con cuidado): en realidad, no queremos ser perdonados, sino disculpados; pero son dos cosas muy distintas. Perdonar es decir «Sí, has cometido un pecado, pero acepto tu arrepentimiento, en ningún momento utilizaré la falta en contra tuya y entre los dos todo volverá a ser como antes». En cambio, disculpar es decir «Me doy cuenta de que no podías evitarlo o no era tu intención y en realidad no eras culpable». Si uno no ha sido verdaderamente culpable, no hay nada que perdonar, y en este sentido disculpar es en cierto modo lo contrario. Sin duda, entre Dios y el hombre o entre dos personas, en muchos casos existe una combinación de ambas cosas. En realidad, lo que en un principio parecía un pecado, en parte no era culpa de nadie y se disculpa, y el resto es perdonado. Con una excusa perfecta, no necesitamos perdón; pero si una acción requiere ser perdonada, es imposible una excusa. La dificultad reside en el hecho de que al «pedir perdón a Dios» muchas veces en realidad estamos pidiéndole aceptar nuestras excusas. Este error es producto de la existencia de ciertas «circunstancias atenuantes» en la generalidad de los casos. Estamos tan deseosos de recalcar estas circunstancias ante Dios (y ante nosotros mismos) que tendemos a olvidar lo esencial, es decir, esa pequeña parte inexcusable, pero no imperdonable, gracias a Dios. En estas condiciones, creemos arrepentimos y ser perdonados, pero en realidad simplemente hemos quedado satisfechos con nuestras excusas, que en gran medida pueden ser insuficientes: todas las personas se satisfacen muy fácilmente consigo mismas.

Existen dos maneras de evitar este peligro. Por una parte, recordemos que Dios tiene presente toda excusa verdadera de mucho mejor manera que nosotros. Si en realidad existen «circunstancias atenuantes», en ningún caso las pasará por alto. Con frecuencia, Él conoce gran cantidad de excusas en las cuales nosotros jamás hemos pensado, y al

morir las almas humildes tendrán la encantadora sorpresa de descubrir que en algunas ocasiones sus pecados no habían sido tan graves como creían. Él se hará cargo de todo lo excusable. Nuestro deber consiste en darle cuenta de la parte inexcusable, del pecado. Perdemos el tiempo hablando de todo lo disculpable (según nosotros). Cuando consultamos un médico, le damos a conocer nuestras afecciones. Si tenemos un brazo quebrado, es inútil explicarle que las piernas, los ojos y la garganta están en perfecto estado. Tal vez nos equivocamos, pero si esos órganos están en buenas condiciones, el doctor se dará cuenta.

Este peligro también desaparece si de verdad creemos en el perdón de los pecados. En gran medida, el afán de presentar excusas es producto de nuestra incredulidad: pensamos que Dios no nos acogerá sin un argumento en favor nuestro; pero en esas condiciones no existe perdón. El perdón verdadero implica mirar sin rodeos el pecado, la parte inexcusable, cuando se han descartado todas las circunstancias atenuantes, verlo en todo su horror, bajeza y maldad y reconciliarse a pesar de todo con el hombre que lo ha cometido.

Eso —y nada más que eso— es el perdón, y siempre podremos recibirlo de Dios, si lo pedimos.

El perdón entre los seres humanos es en parte similar y en parte diferente. Es semejante porque tampoco consiste en disculpar, como creen muchas personas. Cuando les pedimos perdonar un engaño o un abuso, piensan que estamos sugiriendo el hecho de que en realidad no se ha cometido una falta; pero en ese caso no habría nada que perdonar. Los afectados nos dirán: «Este hombre no ha cumplido un compromiso de gran importancia». Eso es lo que deben perdonar (no significa que vayan a creer en él cuando se comprometa nuevamente; significa que deben hacer todo lo posible por eliminar su resentimiento por completo y cualquier deseo de humillar, herir o castigar al ofensor). Existe una diferencia entre esta situación y el hecho de pe-

dir perdón a Dios: admitimos con gran facilidad nuestras propias excusas, pero no juzgamos a los demás con el mismo criterio. Cuando hemos pecado, nos parece que las excusas podrían ser mejores (aun cuando no tenemos certeza); cuando los demás nos ofenden, consideramos excesivas las excusas (aun cuando tampoco tenemos certeza). Por consiguiente, en primer lugar debemos observar con detención si existen circunstancias atenuantes en virtud de las cuales una persona no sea tan culpable como creíamos; pero la perdonaremos aun cuando sea absolutamente culpable, y si el noventa y nueve por ciento de esa culpa aparente puede justificarse en buena forma con excusas, el problema del perdón reside en el uno por ciento restante. No hay caridad cristiana, sino mera justicia, al disculpar lo excusable. Para ser cristianos, debemos perdonar lo inexcusable, porque así procede Dios con nosotros.

Es difícil. Tal vez no es tan difícil perdonar sólo una gran ofensa. ¿Pero cómo olvidar las provocaciones incesantes de la vida cotidiana?, ¿cómo perdonar de manera permanente a una suegra dominante, a un marido fastidioso, a una esposa regañona, a una hija egoísta o a un hijo mentiroso? A mi modo de ver, sólo es posible conseguirlo recordando nuestra situación, comprendiendo el sentido de estas palabras en nuestras oraciones de cada noche: «Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Sólo en estas condiciones podemos ser perdonados. Si no las aceptamos, estamos rechazando la misericordia divina. La regla no tiene excepciones y en las palabras de Dios no existe ambigüedad.

CALIDAD DE MIEMBROS

Para todo cristiano, y por cierto para un historiador, es inaceptable el epigrama que define la religión como «ocupación del hombre en sus momentos de soledad». Uno de los Wesley —me parece— señaló que el Nuevo Testamento desconoce absolutamente la religión solitaria. No podemos descuidar la necesidad de agruparnos. El carácter institucional del cristianismo se manifiesta desde el más antiguo de sus documentos. La Iglesia es la Novia de Cristo. En calidad de miembros, nos pertenecemos unos a otros.

En nuestra época, resulta a la vez paradójica, peligrosa y natural la idea de circunscribir la religión al ámbito de la vida privada, considerándola una ocupación para los momentos de ocio. Es un hecho paradójico porque la exaltación de lo personal en la religión surge en un momento en que el colectivismo está derrotando sin piedad al individuo en todos los demás terrenos. He observado este fenómeno en la universidad. Cuando estuve en Oxford por primera vez, la típica agrupación estudiantil estaba constituida por una docena de jóvenes, que se conocían íntimamente y se reunían en pequeños salones, donde uno de ellos exponía su trabajo y el grupo lo analizaba en forma exhaustiva hasta la una o las dos de la mañana. Antes de la guerra, esas pequeñas unidades se expandieron, convirtiéndose en un público variado, formado por cien a doscientos estudiantes que se reunían en grandes aulas para escuchar conferencias de visitantes famosos. Aun cuando en ciertas ocasiones poco frecuentes el estudiante moderno no pertenece a este tipo de sociedades, rara vez dedica su tiempo a esas cami-

natas solitarias o con un solo compañero en las cuales se formaban las mentes de las generaciones anteriores. El joven vive en medio de una multitud y la reunión del comité ha sustituido la amistad. Esta tendencia se manifiesta tanto en la universidad como en otros ambientes y con frecuencia es motivo de aprobación. Existe un sinnúmero de individuos entrometidos, que se consideran maestros de ceremonias y dedican su vida a destruir la soledad dondequiera siga existiendo. Según ellos, están «sacando a los jóvenes de su ensimismamiento», «acercándolos entre sí» o «venciendo su apatía». Si Agustín, Vaughan, Traherne o Wordsworth hubieran nacido en el mundo moderno, los líderes de una organización juvenil se habrían encargado sin tardanza de combatir su aislamiento. Un hogar realmente bien constituido, semejante al de Alcínoo y Areto en *La Odisea*, al de los Rostov en *La guerra y la paz* o al de las familias de Charlotte M. Yonge, sería acusado de *burgués* en nuestros días y todo tipo de instrumentos destructivos apuntarían contra él. Ahora bien, los planificadores suelen cometer errores y algunos individuos todavía se encuentran solos, pero la radio se encarga de que en ningún momento su retiro sea completo. En realidad, vivimos en un mundo sediento de soledad, silencio y vida privada, y por consiguiente ávido de meditación y verdadera amistad.

Por lo tanto, relegar la religión al ámbito de la soledad es un hecho paradójico en esta época; pero también es peligroso, y por dos motivos. En primer lugar, el mundo moderno nos dice en voz alta: «Puedes ser religioso cuando estás solo»; pero en un susurro agrega: «Me haré cargo de que eso nunca ocurra». Considerar el cristianismo un asunto privado, eliminando al mismo tiempo toda posibilidad de retraimiento, es una forma de desterrarlo al final del arco iris o a las calendas griegas. Ésta es una de las estrategias del enemigo. En segundo lugar, existe el peligro de que los verdaderos cristianos, conscientes de que en realidad su religión no es un asunto privado, reaccionen contra

este error impregnando la vida espiritual del colectivismo que ha conquistado nuestra vida secular. Es la otra estrategia del enemigo: como un buen jugador de ajedrez, procura en todo momento colocarnos en una posición donde sólo podamos salvar una torre perdiendo un alfil. Para evitar la trampa, debemos insistir en el hecho de que el enfoque privado del cristianismo es erróneo, pero constituye un fenómeno profundamente natural y un torpe intento por defender una gran verdad. Detrás de esta tentativa existe una sensación evidente de atropello a la naturaleza humana por parte del colectivismo moderno y la convicción de que en este caso, como en todos los males, Dios será nuestra defensa.

Esta sensación es razonable. Así como la vida personal y privada es inferior a la participación en el Cuerpo de Cristo, la vida colectiva es inferior a la actividad del individuo y carece de valor si no está al servicio del mismo. La comunidad secular se ocupa de nuestro bienestar natural y no del bien sobrenatural, de manera que sus objetivos se limitan a apoyar y salvaguardar la familia, la amistad y la soledad. Como decía Johnson, el fin de todo esfuerzo humano es la felicidad en el hogar. A la luz de los valores puramente naturales, podemos decir que nada es tan bueno bajo el sol como una familia compartiendo con alegría una comida, dos amigos conversando mientras toman una cerveza o un hombre solo leyendo un libro con interés; y si la economía, la política, el derecho, el ejército y las instituciones no favorecen y multiplican este tipo de escenas, están arando en la arena y sembrando en el océano, es decir, carecen de sentido y atentan contra el espíritu. Es cierto que las actividades colectivas son necesarias, pero sólo con estos fines. Quienes son felices en la vida privada tal vez deban realizar grandes sacrificios con el fin de dar acceso al bienestar a un mayor número de personas. Quizás todos deban sentir un poco de hambre para que nadie muera por falta de alimentos. En todo caso, no confundamos los males necesarios

con el bien. Es fácil cometer este error. Se requiere envasar la fruta en latas para transportarla, con lo cual perderá parte de sus cualidades. Sin embargo, algunas personas prefieren las conservas a la fruta fresca. Una sociedad enferma debe reflexionar en profundidad sobre la política, del mismo modo que un hombre enfermo necesita ocuparse seriamente de su digestión. En ambos casos, ignorar el tema puede ser una cobardía y tener consecuencias fatales. Sin embargo, si esta actividad se considera el alimento natural de la mente y se olvida que sólo es un medio para estar en condiciones de pensar en otras cosas, el esfuerzo realizado en beneficio de la salud se convertirá en sí mismo en una nueva enfermedad mortal.

Sin duda, en toda actividad humana los medios tienden de manera fatal a invadir los fines que están destinados a servir. Así, el dinero obstaculiza el intercambio de mercancías, las reglas del arte ponen trabas al genio y los exámenes impiden el aprendizaje de los jóvenes. Por desgracia, no siempre es posible evitar la obstrucción de los medios. Probablemente, el colectivismo es necesario en nuestra vida y será cada vez mayor. A mi modo de ver, la única defensa contra las propiedades mortíferas de este fenómeno es la vida cristiana, porque nos han prometido que seremos capaces de enfrentar serpientes y beber sustancias letales sin perecer. Esa verdad se encuentra detrás de la definición equivocada de la religión señalada al comienzo. El error reside en el hecho de oponer puramente la soledad al colectivismo. El cristiano no está llamado al individualismo, sino a ser un miembro del cuerpo místico. Ahora bien, para comprender de qué manera el cristianismo puede contrarrestar el colectivismo sin caer en el individualismo, el primer paso consiste en establecer las diferencias entre la colectividad secular y el cuerpo místico.

En primer lugar, tropezamos con una dificultad en el plano del lenguaje. La expresión *calidad de miembro* nació con el cristianismo, pero el mundo se apropió de ella y ha

quedado desprovista de significado. En cualquier libro de lógica, encontramos el concepto de «miembros de una clase». Es importante destacar que los componentes de una clase homogénea constituyen en cierto modo lo contrario de la idea de San Pablo. Para él, *miembros* (μέλη) significaba lo que nosotros entendemos por *órganos*, es decir, elementos esencialmente distintos y complementarios entre sí, que difieren no sólo en su estructura y función, sino también en su dignidad. Así, en un club, el comité y el personal de servicio, enfocados como totalidades, son «miembros», y lo que nosotros llamamos miembros del club son meras unidades. Una fila de soldados vestidos con el mismo uniforme y adiestrados de idéntica manera o un grupo de ciudadanos inscritos para votar en un distrito electoral no constituyen miembros en el sentido paulino. Cuando consideramos «miembro de la Iglesia» a un individuo, probablemente no estamos aludiendo al concepto paulino, sino sólo a una unidad o un componente de un tipo X, Y o Z de cosas. La estructura de la familia nos muestra la diferencia entre la verdadera calidad de miembro de un cuerpo y la inclusión en una colectividad. El abuelo, los padres, el hijo mayor, el niño, el perro y el gato son en realidad miembros (en el sentido orgánico), porque no constituyen unidades de una clase homogénea, es decir, no son intercambiables. Cada persona es una especie en sí misma. La madre no es sólo distinta de la hija, sino un tipo de persona diferente. El hermano mayor no es una simple unidad dentro de la clase de los niños, sino una individualidad específica. El padre y el abuelo son casi tan diferentes entre sí como el perro y el gato. Si suprimimos uno de los miembros, no sólo estamos reduciendo el número de integrantes de la familia; hemos alterado su estructura. Su unidad está constituida por seres diferentes, casi inconmensurables.

Una de las razones por las cuales disfrutamos con el libro *The Wind in the Willows* (*El viento en los sauces*) es el hecho de que, en cierto modo, percibimos en sus páginas

la riqueza de esta forma de unidad. El trío integrado por la rata, el topo y el tejón simboliza la unión armoniosa entre individuos muy distintos, en la cual reconocemos de manera intuitiva el verdadero refugio contra la soledad y el colectivismo. El afecto entre personas tan diferentes como Dick Swiveller y la marquesa o el señor Pickwick y Sam Weller despierta nuestra simpatía por el mismo motivo. En este sentido, la tendencia actual de los hijos a llamar a los padres por sus nombres es muy nociva, ya que implica un desconocimiento de las diferencias específicas que configuran la verdadera unidad orgánica de la familia. Este punto de vista moderno pretende inculcar en el niño una manera absurda de visualizar a su madre como a cualquier otra persona, prescindiendo de conceptos y sentimientos propios de todos los hombres. Es una tentativa por introducir las monótonas repeticiones de lo colectivo en el mundo más pleno y concreto de la familia.

En un convicto, el número sustituye al nombre. En este caso, el carácter colectivo está presente en grado extremo. Por otra parte, el individuo también puede perder el nombre en su propia casa cuando sus hijos lo llaman simplemente «padre»; es su calidad de miembro dentro de un cuerpo. En estas situaciones, la pérdida del nombre nos recuerda la existencia de dos formas opuestas de superar el aislamiento.

La sociedad a la cual ingresa el cristiano con el bautismo no es una entidad colectiva, sino un Cuerpo. En realidad, la familia es la imagen de este Cuerpo en el plano natural. Es inadecuado el enfoque moderno, que identifica a los miembros de la Iglesia con una agrupación de personas semejante a un conjunto de monedas o fichas, y podemos rebatirlo con facilidad señalando que la cabeza de este Cuerpo es distinta en grado sumo a sus miembros inferiores y sólo por analogía existen atributos comunes. Desde el principio hemos sido llamados a unir nuestra condición de criaturas con un Creador, de seres mortales con lo inmortal, de